El papel de la "Aristocracia Intelectual" en Joaquín Costa y José Enrique Rodó

Natalia Santamaria Laorden
Ramapo College of New Jersey

Los "hombres excepcionales" y la conducta moral

> Estaba tan extendida la demanda de "hombres excepcionales" (...) que arraiga en la conciencia popular, en torno al Desastre, y llega a estrenarse, incluso, un sainete de los hermanos Cuevas, *Aquí hase farta un hombre,* en el desaparecido teatro Apolo. Tan grande era la necesidad vital de un pueblo decadente y derrotado de liberarse de la responsabilidad y encontrar un salvador que lo condujera (Sauquillo, 383).

Esta cita del profesor de derecho Julián Sauquillo refiere cómo había calado la idea de una España decadente en la mente de los ciudadanos, a finales del siglo XIX. También recoge la cita una de las soluciones pensadas, en ese momento, para el problema de la decadencia: la dirección del colectivo español por un hombre de cualidades excepcionales. Esta solución, de naturaleza mesiánica, se propone sobre la base de que existe una distancia estricta entre "pueblo" y líder; el pueblo sólo aspira a que le liberen de toda obligación y un líder dirigirá a este pueblo hacia su "salvación". Si bien este concepto sobre el "hombre-guía" existía en la conciencia colectiva, también fue objeto de crítica en su época, incluso de ridiculización. Frente a la seriedad con la que Joaquín Costa presenta al "cirujano de hierro", que habría de conducir al país a su regeneración en *Oligarquía y Caciquismo,* los personajes del sainete arriba mencionado se desenvuelven en el espacio doméstico de un estanco y su único objetivo es casarse entre ellos. La expresión "Aquí hase farta un hombre" (Cueva, 12) la usa una de las protagonistas, para expresar su necesidad de casarse y llevar un marido a su casa. Aunque los nombres de dos protagonistas, Dolores y Salvador, parecen perfectos para una obra regeneracionista, no se trata de solucionar los males de una sociedad en esta obra. La búsqueda de un hombre-guía se convirtió en el cambio de siglos en una cuestión recurrente y sus representaciones revelaron las ansiedades regeneracionistas, así como visiones críticas y paródicas posteriores. En este artículo, me concentraré en las representaciones de hombres-guías en *Oligarquía y Caciquismo* de Costa y en *Ariel* de Rodó.

Detrás de estas concepciones sobre el "hombre" excepcional está la prevalencia de las teorías darvinistas. A finales del siglo XIX, la premisa de Darwin sobre la supervivencia biológica del individuo más fuerte no sólo se aplicó dentro de

un colectivo particular dado. La influencia del *Origen de las Especies* (1859) fue notable entre sociólogos, historiadores y teóricos de la lengua y la literatura. Ellos se esforzaron por analizar las causas de este mapa de nuevas hegemonías, aplicando criterios darvinistas. El objetivo de sus análisis tenía, casi siempre, una finalidad práctica.

Autores como Edmond Demolins, por ejemplo, escribieron con la convicción de que su obra podía surtir algún efecto práctico en el mapa cambiante. En su ensayo *A quoi tiént la superiorité des Anglo-Saxons?* (1899), Demolins se propuso encontrar el secreto del expansionismo anglosajón para ponerlo a disposición de las razas "latinas". Las taxonomías de "razas", que establece Demolins, son semejantes a las clasificaciones de Darwin; sin embargo, los criterios de Demolins para dictaminar el éxito de ciertos pueblos ("peuples") se extienden más allá de lo biológico[1]. Su atención al componente moral en las formaciones sociales se debe en buena parte a la influencia del historiador y crítico literario Hyppolite Taine, tan intensa en su tiempo. En un momento histórico, en el que se está operando con modelos ideales de "hombres excepcionales", Taine subordina esos modelos ideales al modelo (ideal) moral, el deber del hombre: "Voilà la conception maîtresse, qui consiste à ériger le devoir en roi absolut de la vie humaine, et à prosterner tous les modèles idèaux au pied du modèle moral" (XVI).

Es fundamental notar que, en el autor francés, toda consideración moral sobre la conducta humana incluye un fuerte componente religioso, que guía su argumentación.[2] La relación entre conducta humana y religión llega incluso a afectar la naturaleza de la última: "La conduite humaine tout entière (...) a changé la religion disciplinaire en religion morale" (Taine, VI). Esta visión de la religión, desde un prisma que prioriza la conducta humana y la hace portadora de valores morales, fue también compartida por un autor inglés contemporáneo de Taine, Thomas Carlyle. De acuerdo con Carlyle, la diferencia entre el paganismo y la religión cristiana consistía en la proclamación del deber humano como ley moral: "Christianism emblemed the Law of Human Duty, the Moral Law of Man" (Carlyle, 124).

El deber del hombre se define, entonces, por unas coordenadas morales, dictadas por la religión cristiana, que no siempre se exponen de manera clara. Esta concepción del hombre como ser moral afectó a las reflexiones finiseculares sobre formaciones sociales. De manera específica, el componente "moral" incidió en la concepción del hombre-guía, que habría de conducir al resto de la sociedad y sacarlo de su supuesta decadencia. En las representaciones de este hombre como personaje literario se reflejará también, como veremos, esta importancia del componente moral.
La conducta moral definidora del personaje, sin embargo, no fue descrita siempre a partir de un único modelo moral-cristiano. El personaje excepcional de los textos regeneracionistas presenta una serie de complejidades añadidas. Estas complejidades son reflejo de las circunstancias históricas de los autores que concibieron al personaje

y de los problemas intrínsecos a la concepción de un hombre superior en una sociedad determinada.

En el caso de la Francia finisecular, según explica Venitta Datta, la autoridad moral fue asumida por una elite intelectual, llegándose a convertir en una versión laica del sacerdocio tradicional.[3] Como parte de esta concepción pseudo religiosa, se impuso el seguimiento de una "vocación":

> All believed in the notion of the intellectual, not only as a sociological concept, but also as a vocation. They saw themselves as part of a group, which had both the right and the obligation to make pronouncements concerning issues of national importance. Indeed, they looked to the intellectual elite to lead France toward salvation and regeneration (Datta, 81).

En el cuestionamiento de esta vocación, se originan muchas de las críticas que habría de recibir esta "elite intelectual". Esta llamada a conducir a la sociedad a su regeneración es sutilmente articulada por Datta, de manera simultánea, como derecho ("right") y deber ("obligation"). El deber de regenerar una sociedad será asumido por unos pocos, que se consideran portadores de una autoridad moral ejemplar. La figura protagonista propuesta en el texto de Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo,* es decir, el "hombre excepcional" que regenerará España, ha sido leída, de manera reiterada, como hombre superior en lo moral.[4]

Sin embargo, de la misma manera que el intelectual francés se identifica con la figura del sacerdote, pero distanciándose de él por la exclusión de lo religioso tradicional, la supuesta "moralidad" de un hombre-guía como el de Costa también pasa por una serie de ajustes. Como ha observado Sauquillo, el personaje propuesto por el español mantiene ciertos paralelismos con la figura del "Príncipe" del filósofo renacentista italiano Nicolás Maquiavelo. De manera paralela a Maquiavelo, Costa mantiene que, en el caso de una degeneración de costumbres en la sociedad, sería necesario que el personaje dirigente estuviera dispuesto a usar "los más duros y correosos medios políticos" para "obrar en beneficio de todos" (Sauquillo, 367).

Condiciones como ésta, la utilización un tanto suelta de los medios políticos, ha llevado a otras lecturas del "hombre excepcional" que se alejan cada vez más de cualquier componente moral. Para el político y sociólogo español Enrique Tierno Galván, por ejemplo, el personaje de Costa sirvió de modelo para los gobiernos fascistas de Primo de Rivera y Francisco Franco. Todas estos desencuentros en torno a la figura del "hombre excepcional" ponen de manifiesto lo resbaladizo del término "moral" y su aplicación a la conducta humana. En este sentido, como se pondrá de manifiesto en el análisis de las obras regeneracionistas finiseculares, la figura del "superhombre" de Friedrich Nietzsche contribuyó a conformar algunas de las figuras que superaron la moralidad del cristianismo tradicional.

Aristocracia intelectual: Costa y Rodó

En su estudio sobre el origen del concepto de intelectual en Francia, Venita Datta afirma que una serie de autores franceses se constituyeron en el antídoto para combatir la decadencia que sufría Francia a finales del siglo XIX. Esta decadencia se debía, según ellos, a una falta de energía en la sociedad. Según Bérenger, sólo una elite, caracterizada por su intelecto y moralidad, podría llevar a la nación hacia su regeneración. El surgimiento de esta elite intelectual se convierte en un fenómeno histórico representativo de finales del siglo XIX y autores españoles y latinoamericanos se incorporarán directamente a él. Sin embargo, ya desde mediados del siglo XIX se explora el papel de ciertas elites en la formación de las sociedades y se establecen las bases de las teorías de una "aristocracia intelectual" desarrolladas con posterioridad. Estas teorías que preceden a las de Bérenger y sus contemporáneos manejan, frecuentemente, conceptos de raza, nación y lengua. A finales de siglo, estos conceptos reaparecerán más o menos camuflados y en combinaciones diversas en la definición de una aristocracia intelectual.

La imposibilidad de regeneración de sociedades es la premisa básica del ensayo de Gobineau *Essai Sur L'inegalité Des Races Humaines* (1853-1855). Para el autor, todas las sociedades están predeterminadas a extinguirse desde el momento en que se constituyen a partir de la mezcla de razas. El único elemento definidor de una elite es su "pureza racial",[5] desde un punto de vista genético. La supervivencia de la elite dependerá de la preservación de tal "pureza". En el momento en el que esta elite conquista e incorpora a otro pueblo (otra raza, en los términos del autor), se convierte en víctima de una mezcla que sólo puede contribuir a su destrucción. La teoría de Gobineau sobre contactos entre colectivos es limitada y xenófoba. La existencia "armónica" de una sociedad es sólo posible si logra mantener su especificidad genética y su apartamiento total del resto de las poblaciones. Para Gobineau, expansionismo es sinónimo de destrucción.

Mientras Gobineau define a la elite regeneracionista conforme a su formación genética, otro destacado pensador del periodo finisecular, Gustave Le Bon, presenta a los miembros de la elite como los únicos capaces de ver las necesidades de una sociedad y darles la dirección que necesitan. Como parte de esta dirección, sin embargo, destaca Le Bon la importancia de considerar las ilusiones de los individuos a los que se dirigen: "De tous les facteurs du développement des civilisations, les illusions sont peutêtre les plus puissants" (Le Bon, 173). Frente al "pensador", a quien Le Bon ve como demasiado consciente de la complejidad de las situaciones como para llegar a tener convicciones muy profundas, el elemento "alucinatorio" en la figura del líder se impone como necesario. Para poder gobernar y regenerar a una sociedad, es necesario que el héroe o la élite encarne y personifique las ilusiones de los individuos que la componen.

En el territorio español, Joaquín Costa encuentra que la creación de una elite es una necesidad fundamental dentro de su programa de renovación del aparato gubernamental español. En *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla* (1900-1901), Costa denuncia la incapacidad de los ineptos oligarcas[6] españoles a través de un lenguaje evocador de las teorías de Darwin y de Nieztsche. Haciendo uso de la recurrente paridad: autoridad intelectual/ autoridad moral, habla de la "eliminación de los elementos superiores de la sociedad" como una "violación torpe de ley natural", "una selección invertida" (Costa, 84). La afirmación de Costa sobre la dificultad de regenerar a la sociedad española, si se da el poder a los más ineptos (algo así como "the goverment by the unfittiest"), se apropia del vocabulario de la anatomía que más tarde utilizaría también Ortega y Gasset. La situación precisa se ha producido por "falta de hombres; de hombres hematermos y vertebrados": "Los que hasta ahora han aparentado gobernar eran hombres sin hueso" (Costa, 169).[7] En esta retórica de selección invertida, la acción política se presenta como "política quirúrgica" y se recomienda que el gobierno en manos de un "cirujano de hierro, que conozca bien la anatomía del pueblo español" (Costa, 115).

El cirujano tan conocido de Costa no se define, sin embargo, por su capacidad quirúrgica únicamente. El autor le dota de dimensiones épicas, resaltando lo creativo de su persona: "artista de pueblos" (Costa, 115), y su patriotismo: "alma de la nación" (Costa, 115). La moralidad de la figura del poder se define mediante la combinación, aparentemente contradictoria, de su aspecto humanitario y de su aspecto militar: su "espada justiciera" es compatible con la "compasión infinita" que ha de sentir hacia el pueblo español. Al concluir la descripción del personaje, se limita a decir de él que "no tiene que hacer nada de extraordinario": sólo "garantizar *personalmente* la efectividad de la ley" (Costa, 116, subrayado del texto). Según Costa, esta garantía llevaría a la equivalencia de la España "legal" con la España "real y viva" (Costa, 116). Una España "legal y viva" sería el resultado de la transferencia de poder en el gobierno, de unos personajes "sin hueso" a un solo personaje de envergadura épica. Un factor más guía su plan de cambio: la urgencia (en el título de la obra) o "instantaneidad" (Costa, 114) con que el cambio ha de llevarse a cabo.

Al mismo tiempo que Costa articula lo incoherente del gobierno español contemporáneo basándose en las premisas del discurso de Darwin, Nietzsche y su concepto de voluntad permean la definición de "pueblo" que propone Costa: "El pueblo sigue siendo menor de edad: la nación, desacostumbrada del ejercicio del querer, no tiene voluntad: no existe cuerpo electoral" (Costa, 192). Lo realmente significativo es la solución que propone, al dejar abierta la posilidad de simulación de unas elecciones: "nada de eso se improvisa en un día: por consiguiente, cabrá simular unas elecciones, pero hacerlas no" (Costa, 192). El autor, que ha tachado a la nación española de ser un simulacro y ha culpado a la falta de educación—especialmente a los catedráticos de las universidades- de tal ficción, propone la solución a los

problemas usando los mismos posicionamientos que critica. Desde una torre de control teórica, predispone un reordenamiento de la sociedad con los mismos instrumentos con los que ésta cuenta y que pueden resultar de utilidad: el uso del simulacro y el recurso a la pedagogía. Según él, "la ficción electoral que no se propone en este caso engañar a nadie, tiene un carácter y un valor pedagógicos" (Costa, 192). La convicción que tiene Costa de que él sabe qué es lo mejor para el pueblo, aun cuando el propio pueblo lo desconozca, aparece de manera explícita en su programa de regeneración: "El hombre de conciencia más escrupulosa puede y debe aceptar un acta, que si no es—y nadie lo pretende—fruto de una voluntad que aún no existe, lo es, por opinión unánime, de la que debería existir" (Costa, 192). Como resultado de esta voluntad colectiva que dirige Costa, el personaje seleccionado para gobernar tendrá unas características específicas, muy "personales".

Es importante señalar, sin embargo, el espíritu de renovación que guiaba a un autor como Costa, en el tiempo en que la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo encomendó al autor la redacción de la obra. *Oligarquía y Caciquismo* fue, además, sometida a debate en el propio Ateneo por "elementos intelectuales de la sociedad española" (Gómez Orfanel, 230). Costa acepta el reto de crear unos agentes adecuados para la renovación del país hacia un sistema, si no más democrático, más efectivo en sus tácticas de aplicación de leyes. La regeneración del sistema que propone Costa supone la puesta en práctica de su idea sobre "el bien común". Como explicita el historiador Carlos Serrano: "El mecanismo ideal que imagina Costa consiste en una armonía social que permita el establecimiento de ese consenso general, que viene a servir de base al Estado oficial, que, a su vez, encarna el interés general y representa ese consenso en nombre de la moral y la ética" (Serrano, 135). Añade que Costa tenía la "ilusión" de que unos hombres "buenos", que escucharían las medidas discutidas en el Ateneo y las pondrían en práctica, serían capaces de producir el cambio y materializarían ese bien común, en su momento histórico (Serrano, 138).

Lo que parecería ser una cadena: la academia lanza un concurso sobre programas de renovación del país, un autor lo recoge, este programa se aplica... queda coartado y el discurso de regeneración de Costa se queda en el plano retórico, sin llegar a actualizarse en una realidad determinada contempránea al autor. No por esta falta de aplicación a una realidad, es menor el impulso práctico que dirige el discurso de Costa. Esta vocación práctica se pone claramente de manifiesto cuando su discurso-programa se compara con el de Nietzsche, enmarcado en el campo conjetural de la filosofía. Coinciden Nietzsche y Costa en cuestiones prácticas, como la crítica al sistema educativo de su tiempo; sin embargo, el contraste entre los dos es claro cuando se compara al cirujano de Costa con el "superhombre" de Nietzsche. El "superhombre", un concepto tan conocido de Nietzsche para significar el dueño de una voluntad todopoderosa e imparable, inspira dudas entre los autores regeneracionsitas en cuanto a la posibilidad de su aplicación práctica. De hecho, en el proceso de definir al superhombre, el campo semántico del concepto de "construir",

tan típico del discurso regeneracionista, queda desplazado, en la filosofía de Nietzsche, por el de "destruir": "I dream of a combination of men who (...) shall be willing to be called destroyers (...): We will not build prematurely: we do not know, indeed, whether we shall be able to build, or if it would be better not to build at all" (Nietzsche, *Complete* 190). Los autores regeneracionistas se vieron, entonces, obligados a modificar este concepto del superhombre para adaptarlo a las necesidades constructivas de su discurso.

No obstante, el autor español se apropia de algunos postulados nietzscheanos para poder llevar el cambio a cabo. No sólo se basa en la referida falta de voluntad de la gente para justificar su programa, sino que se aprecia en su voz, cuando propone el simulacro de las elecciones, una cierta ausencia de conciencia o de vergüenza a la hora de implantar el equívoco programa. Para Nietzsche, esta es una actitud crucial entre los "superhombres": "no shame, no bad conscience" (Nietzsche 1964:156). Más aún, esta mala conciencia es para Nietzsche un rasgo asociado a la condición artística del superhombre: "They were more sincere, open-hearted, and passionate, as artists are" (Nietzsche, *Complete* 156).[8] La faceta artística era también característica del cirujano de Costa.

Si en el discurso de Costa se pueden rastrear conceptos básicos de Nietzsche, las referencias al filósofo alemán en el cuarto capítulo de *Ariel,* no sólo son explícitas, sino que representan a Nietzsche en toda su complejidad. Como indica Belén Castro en su edición de la obra de Rodó (nota 21), Nietzsche pasa de ser una figura "formidable" (Rodó, 186) a ser el articulador de concepciones "monstruosas" (Rodó, 191). La complejidad con la que se presenta a Nietzsche caracteriza un capítulo construido según un modelo hegeliano de tesis, antítesis y síntesis, en el que la democracia, como institución, aparece reconocida, criticada y remodelada. Dos pautas sintácticas y semánticas marcan la transición entre diversas partes de la argumentación de Rodó: la conjunción coordinada adversativa "sin embargo" (186), que señala la transición entre la crítica y la defensa de una democracia, y un campo semántico de la convergencia: "conciliar" (187), "sintetizar" (193)... El resultado de todo ello es paralelo al de la obra de Costa: un colectivo determinado es seleccionado y legitimado como dirigente de la sociedad. Al final del capítulo, se añade una referencia a la historia de las ideologías, siguiendo el mismo estilo convergente: según Rodó, su fórmula para la construcción de una democracia reúne, en síntesis perfecta, los valores del "espíritu del cristianismo" y de las "civilizaciones clásicas" (193).

En la cuarta parte de *Ariel,* Rodó vuelve a la fórmula del comienzo de la obra: Rodó se dirige, en segunda persona del plural, a un público: "vosotros" (184). En contraste con un discurso que hasta este momento había sido predominantemente enaltecedor de valores positivos (la fuerza de la juventud, el acierto de una educación "armónica"...), Rodó introduce una crítica negativa: "sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del

utilitarismo" (*Ariel*, 176). Rodó expone su crítica a la democracia procediendo con cierta cautela: el objetivo es mantener, simultáneamente, su autoridad y su poder de convicción. Citar a Renan—un autor con quien ha familiarizado a su público y a quien ha convertido en autoridad—para apoyar la crítica a la democracia forma parte intrínseca de las estrategias del autor. Y no será sólo este autor, "el más alto sitial" entre las referencias de Rodó (Urrello, 52), el único apoyo que usa en su argumentación. Desde Guyau hasta Emerson, pasando por Carlyle, Alberdi o Baudelaire, Rodó toma prestados conceptos de autores varios para construir su argumentación sobre el sistema político de la democracia y su aplicación a la América del Sur. Como afirma Antonio Urrello en su estudio de la obra: "Es su relación [de Rodó] de aproximación, coexistencia, sucesión, apoyo de unos en otros lo que va a producir la posibilidad de la emergencia de un nuevo discurso autónomo" (Urrello, 51).

Aunque no cite explícitamente a Gobineau, Rodó manifiesta una actitud xenófoba similar cuando habla del elemento degenerador implícito en todo movimiento migratorio. En sus palabras se advierte el terror que le producen consideraciones de número: no sólo señala, como Gobineau, que la minoría queda victimizada por la ola de los nuevos pobladores, sino que a lo largo de su discurso se refiere repetidamente a la cantidad de seres humanos, que la inmigración trae consigo, con expresiones que producen una sensación de exceso: "presuroso crecimiento", "enorme multitud cosmopolita", "torrente humano", "peligros de la degeneración democrática"... (Rodó, 179). De Rodó se puede afirmar lo que escribe Venita Datta de sus contemporáneos franceses, "Common to all, however, was the fear of a tiranny of the majority, of being overtaken by the "crowd", be it proletarian or lower middle class" (Datta, 82).

Esta mayoría llega a adquirir rasgos animales: la democracia es descrita despectivamente como "ferocidad igualitaria" (Rodó, 180) y a través de una cita de Baudelaire pasa a ser calificada de "zoocracia" (Rodó, 183). Las referencias al carácter ideal del "Ariel" en *The Tempest* son ahora sustituidas por referencias menos halagadoras a otra obra del autor británico: El beso de la reina de las hadas Titania a Bottom, transformado en asno en *Midsummer's Night Dream*, representa el resultado final de la igualadora democracia. En palabras de Rodó, capaz de renunciar a una escritura fluida para asestar un golpe repentino a un lector poco precavido, el beso de Titania "podría ser el emblema de la Libertad que otorga su amor a los mediocres" (183). Las referencias al papel de la magia en la obra de Shakespeare quedan excluidas.

La necesidad de unos dirigentes que provean de dirección moral a la multitud es transformada por Rodó en una afirmación categórica, basada en comparativos de superioridad: "La civilización de un pueblo adquiere su carácter no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores manifestaciones de pensar y de sentir que dentro de ella son posibles" (Rodó, 180). Si

bien Rodó califica el sistema del Antiguo Régimen de injusto y opresor (190), no deja de ser indicativo que los términos usados para expresar la oposición entre la nueva aristocracia y la "mayoría tiránica" formen parte de la retórica del antiguo sistema. Por ejemplo, el predominio del número sobre la calidad es calificado de "innoble" (181). En este sentido, es necesario señalar las relaciones que Rodó y otros intelectuales de su tiempo mantienen entre la aristocracia intelectual, formada a través de la educación, y la aristocracia de nacimiento. Para Rodó, la obligación del Estado es proporcionar a todos los ciudadanos una educación, de manera que el punto de salida sea el mismo para todos. En este punto coincide con los teóricos franceses a los que cita—como Berenger—y se diferencia de otros, como Rebell, que, junto a la aristocracia del intelecto, seguía reclamando una de nacimiento y riqueza (Vetta, 68).

Dos Regeneracionismos

En una democracia, según el autor de *Ariel*, la línea de salida es la misma para todos, siempre y cuando se asegure que no lo sea la de llegada. Las "subordinaciones necesarias" de Rodó recuerdan a las jerarquías de Costa. Rodó parece resignarse a acatar la democracia por necesidad: "el espíritu de la democracia es, esencialmente para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse" (Rodó, 186). Sin embargo, muestra una intolerancia absoluta respecto a lo que concibe como "imperfección" democrática, incapaz de "conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección" (Rodó, 187).

Como vengo demostrando, la idea de la selección natural, promovida por Darwin, se aplicó, a finales de siglo, más allá de la lucha por la existencia. Según expone el autor francés Alfred Fouillée en *L'enseignement au point de vue national* (1892), la diferencia entre la selección natural y la social consiste en la importancia otorgada a la educación. Esta educación será el rasgo característico de una elite moral e intelectual, encargada de regenerar al resto de la sociedad. En resumen, a finales del siglo XIX y principios del XX, autores franceses, españoles y latinoamericanos como Fouillée, Costa o Rodó dan por sentado que una nación ha de ser representada por un grupo selectivo que ha de conducir a la sociedad. La medida opuesta, el sufragio universal, es rechazado porque representa los intereses de una masa sin dirección moral:[9] frente al dominio de una "zoocracia", en palabras de Rodó, es conveniente simular unas elecciones, no celebrarlas, siguiendo las directrices de Costa. Los valores morales e intelectuales se identificaron o se emparentaron con los valores estéticos en la etapa finisecular. La relación directa que Rodó propuso entre ética y estética lleva a críticos como Maarten Van Delden a hablar de la "supervivencia de los más guapos" ("survival of the prettiest"). La presencia de lo cómico en una expresión como ésta apunta los límites y las contradicciones de las teorías sobre la aristocracia intelectual.

Críticos de las dos orillas han denunciado problemas similares en las concepciones de Rodó y Costa. Mientras que Carlos Serrano señala, entre los

interrogantes que provoca la obra de Costa, "¿quién determina el bien común?" (Serrano, 142), González Rodríguez se pregunta por la capacidad de esta clase dirigente de representar intereses diferentes a los suyos.[10] Más grave, aún, resulta que el poder de esta élite dirigente se acumule en una sola persona. Como he apuntado, Tierno Galván ha afirmado que las teorías de Costa servirían de base a dictaduras peninsulares; Real de Azúa apunta que Rodó nunca hizo referencia en *Ariel* a las dictaduras existentes en Latinoamérica en su momento histórico.[11] Es más, señala Real de Azúa que el "caudillo cesáreo" fue un rasgo característico de autores arielistas como C.A. Torres o Francisco García Calderón: "No los entusiasmaron los dictadores, pero vieron en el caudillo cesáreo una expresión de la realidad americana, una condición- a veces inexorable- de su estructura social" (Real de Azúa, 102).

A pesar del exclusivismo de esta aristocracia intelectual, es importante señalar el papel que estos autores otorgan a la formación académica, como instrumento capaz de igualar clases sociales. La premisa de Costa sobre "escuela y despensa" es comparable a la obligación que, según Rodó, tiene el Estado de proporcionar a todos sus ciudadanos una misma educación. En el caso del autor peninsular, lo importante es la urgencia de la regeneración del país. En el caso del autor uruguayo, la formación académica aparece como elemento imprescindible en la juventud que ha de dar fuerza a la sociedad. Los dos autores difieren, sin embargo, en la programación temporal de la regeneración. En el caso de Costa, España ha de ser regenerada ya de una vez por todas. El "incesante devenir" (Gómez Gil, 142) de Rodó presenta características diferentes. Influído por las teorías de Henri Bergson en *Essai sur les Données immédiates de la Conscience* (1889), que consideraba la aprensión consciente del tiempo como un flujo constante, la "renovación" reiterada en *Ariel*, parece extenderse al infinito. Hay en Rodó una esperanza de renovación constante de la sociedad que no se encuentra articulada en Costa. Frente a las lecturas de Costa como personaje histórico "trágico",[12] al no haber podido llevarse a cabo su proyecto, el énfasis de Rodó en las posibilidades del futuro deja abiertas las puertas a la esperanza de generaciones futuras. Y, sin embargo, es la falta de concreción de esta renovación en medidas aplicables a una sociedad lo que hace de *Ariel* una obra un tanto "vaga".[13] Más allá de un ideario ético/estético, es difícil concretar los objetivos específicos que tiene en mente Rodó para la renovación de la sociedad. Como afirma Katharina Niemeyer, "poco se dice sobre cómo la joven élite intelectual debe llevar a cabo su 'acción' por la causa del espíritu, o sea, en qué sentido concreto debe participar en la dirección de la sociedad" (Niemeyer, 97).

Tanto el autor peninsular como el uruguayo comparten la creencia en una clase dirigente,[14] que se perfila en sus obras según las características de un personaje guía. Frente a una zoocracia o pueblo sin voluntad, los autores dibujan una aristocracia con dotes excepcionales: intelectuales, estéticas e incluso épicas. Como parte de su artificio literario, los autores no se limitan a circunstancias espaciales y temporales determinadas en la construcción de sus personajes ideales: Costa tiene en mente el sistema institucional de Inglaterra[15] y Rodó se remonta hasta la Grecia

clásica. Al traspasar estas aristocracias intelectuales foráneas y/o anacrónicas a los contextos específicos de la España y Latinoamérica finiseculares, los autores reflexionan sobre las diferencias existentes entre las sociedades y justifican la necesidad de una regeneración.

Notas

[1] "Il est écrit: 'Tu gagneras ton pain à la sueur de ton front'. Cette parole est non seulement le fondement de la puissance sociale, mais encore le fondement de la puissance morale. Les peuples qui se dérobent, par toutes sortes de petites combinaisons, à cete loi du travail personnel et intense, subissent une dépression, une infériorité morale" (Demolins, 410).

[2] (…) Celle de la perfection morale, telle qu'elle se rencontre dans le Dieu parfait, juge impeccable, rigoureus surveillant des âmes (Taine, XVI).

[3] : "The intellectual in France was called at first "a cleric". Indeed, the new secular cleric supplanted the traditional priest as a source of moral authority modern French society" (Datta, 1)

[4] "Un hombre tan longevo y de tan extraña virtud que ni la vida de tres hombres de gran calidad podrían seguir el ciclo de deterioro de los cuerpos politicos y sobreponerse a él con el ejemplo" (Sauquillo, 367). "Se trata de un programa de medidas educativas y económicas que acercarán el diálogo entre el pueblo y una élite más moral que oligárquica" (Sauquillo, 393).

[5] El propio Renan, treinta años más tarde, desautoriza toda noción de "pureza racial". Desde el punto de vista histórico, advierte que los movimientos de fronteras que se operaron en la Edad Media estuvieron al margen de toda precaución etnográfica. Su argumento de mayor envergadura es de tipo epistemológico: el uso del término "raza" por historiadores, filólogos y antropólogos fisiólogos tiene sentidos diferentes. "La race, comme nous l' entendons, nous altres, historiens, est donc quelque chose qui se fait et se défait" (Renan, 32).

[6] Steven L. Driever señala en su edición de *Los Males de la Patria* en Biblioteca Nueva, que, antes de Costa, ya había propuesto Luis Mallada combatir el caciquismo a través de una "Revolución desde arriba", dirigida por "una dictadura económica-administrativa". La idea del caudillo dotado de superioridad moral e intelectual se encuentra también en Picavea y Silió y Cortés (Driever, 52).

[7] La influencia en Ortega y Gasset es obvia, no sólo en los contenidos ideológicos, sino también en el lenguaje utilizado. El título de su obra *España Invertebrada* (1923) parece beber directamente de Costa y de un discurso post-naturalista que recurre a un lenguaje del cuerpo, casi médico. Las reflexiones de Ortega y Gasset sobre la ausencia de los mejores en el gobierno y su definición de nación como "una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos" (Ortega y Gasset, 23) enlazan, también, con los postulados de Costa.

[8]Dado este carácter tan "libre" del superhombre de Nietzsche, destaca que, junto a la apreciación por el arte, se incluyan en su descripción la creencia en el componente genético, reminiscente del discurso determinista de Gobineau: "Belief in good racial descent and good upbringing" (Nietzsche 1964, 155).

[9] "Millions of incoherent and scattered wills do not make a national will and the present generations are only a fraction of the fatherland; a *plésbiscite* dictated by circumstances, by the passions or interests of the mass at a given moment, is not the national will, and still less is it he ethnical will" (Fouillée, 48).

[10] ¿Cómo podría un Estado mantener en sus límites a los intereses contrapuestos, si, por un lado, directa o indirectamente, responde él mismo a intereses de una clase o a un grupo determinado dentro de una clase social?" (González Rodríguez, 150).

[11] "Cuando las dictaduras eran una realidad continental mucho más incontestable que esas jerarquías selectas y amenazadas que, en verdad, no existían en ninguna parte" (Real de Azúa, 39).

[12] "No hay voluntad de poder que pueda sobreponerse, por muy fuerte e inteligente que sea, a la misma mecánica del poder y la historia" (Sauquillo, 397-398)

[13] Carlos Real de Azúa se refiere a la "vaguedad" que los críticos han encontrado en *Ariel* (Azúa, 37)

[14] Todos estos discursos sobre el sujeto ideal llamado a regenerar sociedades tienen en común una misma exclusión de lo femenino. El ideal sólo ha sido concebido y definido no sólo por autores-

hombres sino que ha de ser necesariamente masculino. Desde la llamada de Demolins en que exhorta a sus lectores a no llorar como mujeres, sino a actuar como hombres, la empresa regeneracionista se concibe siempre como exclusivamente "viril": "el anhelo varonil de la lucha por conquistar" (Rodó, 150)[14]. Los "hombres" omnipresentes en los textos de este periodo son una referencia literal: el sexo femenino queda excluido de la posibilidad de agencia dirigente en la regeneración de las sociedades.

[15] Respecto a la admiración de Costa por el sistema inglés, Sauquillo comenta: "Costa llega a desear la importación de políticos ingleses" (Sauquillo, 381).

Obras Citadas

Carlyle, Thomas (1846). *On Heroes, Heroworship and the Heroic in History: Six lectures.* New York: Wiley and Putnman.

Costa, Joaquín (1988). *Oligarquía y Caciquismo: como forma de gobierno en España, urgencia y modo de cambiarla.* Madrid: Biblioteca Nueva.

Cueva, Jorge y José (1909). *Aquí hase farta un hombre: sainete lírico en un acto y en prosa.* Madrid: Velasco.

Darwin, Charles (1979). *The Origin of Species.* New York: Random.

Datta, Venitta (1999). *Birth of a National Icon: The literary Avant-Garde and the Origins of the Intellectual in France.* Albany: State University of New York Press.

Demolins, Edmond (1897). *A quoi tient la supériorité Des Anglo-Saxons?.* Paris: Librairie de Paris, Frimmin-Didot.

Fouiilée, Alfred (1892). *Education from a National Standpoint.* New York: Appleton.

Gobineau, Arthur (1970). *Gobineau: Selected political writings.* London: Cape.

Gómez- Gil, Orlando (1992). *Mensaje y Vigencia de José Enrique Rodó.* Miami: Ediciones Universal.

Gómez Orfanel, Germán (2003). "El Ateneo entre Dos Siglos: Centro de Formación de Élites y de Debates. Los Intelectuales y el Regeneracionismo". *Centenario de la "Información de 1901" del Ateneo de Madrid sobre "oligarquía y caciquismo".* Madrid: Fundamentos, 221-242.

Gonzalez Rodríguez (2003). *Rodó. Prolegómenos de un Siglo para la Ética y la Política.* La Habana: Acuario.

Le Bon, Gustave (1916). *Lois Psychologiques de l'Évolution des Peuples.* Paris: Félix Alcan.

Mallada, Lucas (1998). *La futura revolución española y otros escritos regeneracionistas*. Eds. Steven Driever y Francisco Javier Ayala-Carcedo. Madrid: Biblioteca Nueva.

Mallada, Lucas (1989). *Los Males de la Patria.* Eds. José Esteban y Francisco J. Flores Rayuelo. Madrid: Fundación Banco Exterior.

Martínez Durán (1974). *José Enrique Rodó en el Espíritu de su Tiempo y en la Conciencia de América.* Caracas: Ediciones del Rectorado, Universidad Cenral de Venezuela.

Niemeyer, Katharina (2007). “El gobierno de los mejores y más cultos”. En: Birle, Wilhelm Hofmeister, Günther Maihold, Barbara Potthast, Peter (eds.): *Élites en América Latina.* Madrid: Iberoamericana, pp.77-103.

Nietzsche, Friedrich (1964). *Complete Works of Friedich Nietzsche. The Case of Wagner.* Vol.8. Ed. Oscar Levy. New York: Russell & Russell.

--- (1967), *The Will to Power.* New York: Random House.

Ortega y Gasset (2002). *España Invertebrada: Bosquejo de algunos pensamientos históricos.* Ed. Francisco José Martín. Madrid: Biblioteca Nueva.

Real de Azúa, Carlos (2001). *Medio Siglo de Ariel: Su Significación y Transcendencia Literario-Filosófica.* Montevideo: Academia Nacional de Letras.

Renan, Ernest (1996). *Qu’est-ce qu’une nation?.* Toronto: Tapir Press.

Rodó, Enrique (2004). *Ariel.* Ed. Belén Castro. Madrid: Cátedra.

Sauquillo, Julián (2003). “ ‘El Hombre Excepcional’: Una Metáfora Habitual de la Circulación Política de las élites en los Tiempos de Joaquín Costa”. *Centenario de la “Información de 1901” del Ateneo de Madrid sobre “oligarquía y caciquismo”.* 355-398.

Serrano, Carlos y Jacques Maurice (1977). *Joaquín Costa: Crisis de la Restauración y Populismo (1875-1911).* Madrid: Siglo XXI de España.

Taine (1874). *The Ideal in Art.* New York: Henry Halt and Company.

Tierno Galván (1961). *Costa y el regeneracionismo.* Barna: Barcelona.

Urrello, Antonio (1986). *Verosimilitud y Estrategia Textual en el Ensayo Hispanoamericano.* Tlahuapán: Premiá.

Van Delden, Maarten (1997). “The Survival of the Prettiest”: Trasmutations of Darwin in José Enrique Rodó’s Ariel”. *Constellation Caliban: Figurations of a Character.* Amsterdam: Rodopi, 150-157.